

les hiciesen defender las constituciones y las personas que les habían enseñado á maldecir.

Nada tan terrible como la indecisión. En los cuerpos armados nada tan espantoso como que se rompan en fracciones y cada fracción tire por su lado. Convertir un ejército regular en suma de máquinas, que disparen, como los suizos, fuego asolador contra las instituciones predilectas suyas y contra los grupos afines con ellos es cosa fácil; pero no lo es tanto conseguir tal conformidad mecánica de muchedumbres que leen, discuten, piensan, opinan, van al club á diario, y si los reunís en cuerpo de guardia y los aglomeráis en batallón de combate, hablan á una con la garrulidad y proceden á su vez con la indisciplina propias de su demagogo temperamento y de su pública educación. Mandad á éstos dirigir descargas cerradas sobre las gentes que iban ya, en són de guerra, encaramándose por los arcos y columnas del jardín real, ó abriendo paso, ya cerca de los patios, á la invasión popular, cuando pensaban y creían todos lo mismo, así los que atacaban al Rey como los que al Rey defendían desde las alamedas y avenidas por donde ya entraba en tropeles el pueblo, como un remolino espantoso levantado por un horrible huracán. Lo peor para el combate, lo peor, era ciertamente que los madrugadores y su curiosidad habían arrastrado con todos los vecinos inquietos al espectáculo, y se veían llegar familias enteras, en que superaba el número de mujeres y de niños al número de hombres. ¿Cómo podían los cabecillas de las muchedumbres pelear teniendo tales impedimentos á su lado y cómo los defensores monárquicos del Palacio ensañarse con sus odios y sus armas en víctimas tan puras? Los Reyes, animados al principio de la noche, por el embuste de sus captadores que les habían hecho creer en la compra y venta de los revolucionarios; más animados aún, á media noche, viendo que las campanas inútilmente tañían á rebato y que Mandat dirigía su defensa mientras en sus rehenes Pétion estaba, desmayaron, en cuanto éste desapareció al llamamiento del Congreso, y aquél cayó muerto al golpe de la municipalidad; y por el amanecer llegaron á un terror profundo que se convirtió en absoluta desesperación, al considerar el pueblo, que se acercaba, ciego por el odio, y corría en todas direcciones, como un río que se saliera de madre, ó una mar que se saliera de su lecho, inundando los alrededores y subiendo en trombas rugientes hasta el soberbio santuario de la monarquía. Y en tal hora, mientras los asaltantes se apoyaban unos en otros y se sostenían unos á otros, los amenazados por el asalto y apercebidos á la defensa, dudaban unos de otros, temiendo los nobles á los milicianos y mirando los milicianos á los nobles por encima del hombro. Así toda normalidad cesó en los regulares hábitos de la casa real; el canon de la etiqueta, observado por los Monarcas como el canon de la misa por los clérigos, en aquel momento se suspendió por sí mismo; nada de saludos y de reverencias entre los hervideros del naufragio y nada de gerarquía entre los amenazados por la muerte inmediata; el Rey, desde su gabinete, donde quemaba todos los papeles comprometidos ó inútiles, marchaba reposado y frío á los pies del confesor; la Reina se retorció inte-

riormente, aunque su exterior guardaba un aspecto majestuoso y sereno, discurría ó vagaba por todas partes, sin saber para qué, se detenía unas veces y apretaba otras veces el paso sin saber por qué, giraba interrogaciones á cuantos encontraba sin esperar la respuesta; semejante á las alucinadas por el magnetismo y sus ensueños, ó á las sonámbulas que andan rígidas y seguras por los bordes oscuros de un abismo insondable. Desde muy temprano despertó y vistió sus hijos la Reina, para que á todo estuviesen dispuestos llevando el Delfín á su lado y poniendo al lado de su cuñada la princesita. Con aquella familia real iban sus devotas Madame Touzel, á quien debemos de todos estos acontecimientos Memorias, no tan leídas como las Memorias de Madame Campan, pero por igual interesantes, y además de Madame Touzel, esa pobre princesa Lamballe, olvidada por su señora en los días de júbilo y holgorio, ahora, en los días de tristeza con su señora unida de modo que parecían inseparables, tiñendo con su angelical figura de dama hermosísima y con su anticipada corona de martirio cruento aquel aquelarre de tonantes y tormentosos odios. El niño, en cuanto lo separaban, por la intercesión del concurso, de su madre, corría desalado á coger sus faldas, y como la viera llorar, hacía lo posible para enjugar con sus besos aquellas preciosas lágrimas. En la inmensidad de tanto palacio habitaba la princesa Isabel su pabellón de Flora, ornado con ramilletes y con pájaros, de que mucho gustaba la buena señora, y lleno de objetos y simulacros religiosos á los que fiaba la salvación de su hermano, el Rey, por quien siempre sintió profundo y tierno fraternal afecto, que la retenía junto á él, mientras su corazón y su pensamiento estaban reunidos con los emigrados más reaccionarios y más estúpidos; habitaba la Reina el entresuelo, extendido desde la escalera de los príncipes á la escalera principal de palacio, habitación que, frisando con patios y jardines, dejaba un acceso muy fácil á las miradas y frases de los paseantes, ni unas ni otras lisonjeras para la Reina; el Rey habitaba su departamento del piso principal, tras la galería de los Carrachos, teatralmente pintada por los sabios pinceles de estos dos artistas italianos, y de aquellos salones tan espléndidos y aquellas cámaras tan regias hacia los talleres de su industria, pues las propensiones naturales y nativas lo había hecho el mejor de los padres mientras su herencia tradicional é histórica de privilegios seculares lo había hecho el peor de los monarcas. Todos estos salones que se comunicaban entre sí con espaciosa comunicación y unos con otros por pasadizos interiores y escaleras ó secretas ó de servicio, estaban aquellas noches llenos y repletos con gentes parecidas á las ratas que suben hasta los topes de un barco cuando el barco hace agua por todas partes. Sala de los consejos, espléndidos comedores, lecho aparatoso con sus coronas y sus lises talladas admirablemente, el teatro convidando á fiestas, la capilla oliendo á incienso, aparecían henchidos de armas, ocupados por retenes, resonando con gritos militares y vibraciones de guerreros instrumentos, asemejándose por un si á inmenso cuartel, por otro si á sitiada fortaleza. Diríase que vivaqueaban los allí reunidos como en un

campamento, porque tal encendía su maquinilla de café; tal otro llenaba su pipa en los sitios á donde no se acercaba la familia real, pero que difundían el humo de su aire por el aire de toda la casa; metíase otro por un rincón donde se acurrucaba descuidado y dormitando hasta que lo despertase el peligro; los nerviosos hablaban para desahogar su pecho y aquietar sus nervios; muchos jóvenes, y aun muchachuelos, devotos de la Reina y de la Monarquía, con muchos viejos de blasonadas alcurnias estaban allí dispuestos al sacrificio mostrando la resignación y la conformidad de carnero mientras los levantiscos y los audaces juraban por su honor que no había de quedar á vida un revolucionario; gentiles-hombres provinciales, quienes nunca jamás abandonaron el terruño sino por motivos de verdadera gravedad, se acercaban tímidos y luctuosos á sus apenados Reyes para ofrecerles sus vidas y sus haciendas; oficiales inválidos se creían ya con validez y valor bastantes para pelear y morir con gusto por sus ídolos, y teniendo con muchísimos puntos de su honor muchas ideas de su atavismo comunes, ¡ah! no presentaban al enemigo la unidad necesaria en una fuerte y provechosa defensa.

En primer lugar, nadie sabía la causa que sustentaba dentro del Palacio. ¿Defendían aquellas gentes el Rey constitucional ó defendían el Rey absoluto? Esta diferencia de apellido en los Reyes debía costar á los pueblos torrentes y más torrentes de sangre. Los que defendían al Rey parlamentario, como el resto de las huestes lafayettistas, apostadas en los patios, defendían la legalidad; pero, los que dentro del Palacio, á la vista del Rey, deslizándose en los oídos de éste palabras amenazadoras al nuevo régimen y tendentes al régimen absoluto, soñaban ¡insensatos! con una restauración, aparecen á mis ojos, y á los ojos de la Historia también, rebeldes, como los rebelados que andaban sueltos y subvertidos por las calles. Así, no se comprendían unos á otros los juntos é identificados en la misma causa. El viejo realista no distinguía entre los constitucionales y los jacobinos; el nuevo revolucionario imaginaba tan enemigo de la libertad á Lafayette como á cualquier Coblenza. El humo de las pasiones borraba los matices de las ideas. El apasionado, casi ciego, no alcanzaba las tintas suaves y los tonos armoniosos. Como Dalton descubrió una enfermedad, antes de su tiempo ignorada, la carencia en algunas retinas del sentido y percepción de lo rojo, cualquier político podía descubrir en rededor suyo retinas morales privadas de ver los colores medios, percibiendo únicamente lo subido y lo bajo, lo negro y lo purpúreo. ¡Cuántos milicianos en la hora misma del próximo combate, sospechaban de los realistas, y cuántos realistas de los milicianos! «Veo, señora, decía un guardia nacional muy devoto de la Monarquía, y también muy devoto de la Constitución, dirigiéndose á la Reina, veo por aquí mucha gente *non sancta*, con un aspecto aristocrático y un tufo á reacción que me tiran de espaldas». «No temáis nada, le decía la Reina; son amigos fieles míos, y contra mí no harán cosa ninguna». El milite de la libertad no dijo á S. M. nada; pero debió parecerle poco tranquilizadora la respuesta. Y bien pronto acertó á dársela

un grupo de cortesanos presidido por venerable viejo, el mariscal Mailly, quien, prosternándose, como si aún estuviera dentro del arqueológico Versalles, en guisa de un idólatra de ídolos caídos y de un creyente de ideas muertas, dijo al Rey estas frases, como salidas de un sepulcro y pronunciadas por un caballero del Espíritu Santo redivivo, en medio del relámpago y del trueno despedidos por la revolución, medio ambiente ya de la sociedad: «He aquí vuestra fiel nobleza, que ha corrido desalada desde sus castillos al Palacio de la Majestad con ánimo de restableceros en el trono de vuestros mayores». Todos cuantos se acercaban en són de guerra y con espíritu de odio al Palacio, sabían lo que atacaban, al Rey traidor; todos los que defendían el Palacio no acertaban á saber la causa que defendían, si el Rey absoluto y tradicional, ó el Rey parlamentario á la moderna. Cuantos oyeron las palabras del noble y chocho general entre los milicianos, siquier fuesen los más conservadores de la clase, quedáronse atónitos al oír tal fórmula de los pretéritos tiempos, y creyeron soñar despiertos, ó ver una fila de fastasmas entre los espesos muros de un castillo roquero y sobre las frías piedras de un fúnebre panteón; y á estas visiones hipnóticas la sangre se les helaba en las venas, y se les caían, al desmayo de la voluntad y al horror de las inteligencias, sus armas de las manos, perplejos é inciertos, oyendo en la hora del combate apotegmas tan siniestros como que al defender los derechos constitucionales del Rey, atacaban los propios nativos derechos. Así Luis XVI, aterrado á los excesos de la fidelidad aristocrática, tuvo que decir á los nobles cómo únicamente por lo extraordinario de las circunstancias, admitía homenaje de aquella suerte, y aceptaba tan costosos sacrificios; notando, sin duda, que mientras los realistas se le acercaban bañados en lágrimas de verdadero entusiasmo, como si quisieran sacarse palpitan-tes de sus pechos los corazones y arrojárselos á los pies para que pudiesen pisarlos, como si fueran sus antiguos paveses, los milicianos se miraban unos á otros recelosos y con sospechas de todos aquellos, á cuyo lado debían pelear y morir. Únicamente dos personas tenían todos los afectos profundos y todos los entusiasmos ingenuos consigo: la joven princesa y el delfín, especialmente cuando se agrupaban en torno de Antonieta, y agrupándose con la belleza que toman del bien todas las entidades morales, despertaban en los jóvenes el recuerdo de sus madres y en los viejos el recuerdo de sus hijos. La princesa real tenía en sus cortos años ya la célebre altivez nativa, luego agriada por la dureza de sus pensamientos y el horror de sus recuerdos en toda su vida, que ha transcendido á toda su historia, quitándose aprecio y adhesiones aun de sus propios amigos; mas el delfín, angelical, rubio, con ojos singulares como de profundo lago, en que se reflejaba una grande adivinación intuitiva de su martirio; juguete de suyo, como todos los niños que tienen la inquietud irremediable del crecimiento, pero agarrándose á las faldas de su madre, pidiéndole besos, mirándola con arrobamientos angelicales, despertaba en todos los presentes esos afectos congénitos con la naturaleza humana, de los que nadie podrá nunca

exentarse y eximirse, porque radican en lo más íntimo de su propio ser. Contábase que se bebía las lágrimas de su madre; que preguntaba cómo había quien odiase á su padre, un hombre tan bueno; que aquella mañana misma del defiditivo desastre se cortara un rizado de la rubia cabellera, y lo diera entre cariños infantiles á una de sus amiguitas que jugaban por los jardines con él, para que lo guardara en memoria de él, como si presintiera ya la proximidad de aquella catástrofe, cual presienten las avejillas, en pleno día, enmudeciendo y plegando sus alas, el eclipse total de un sol radiante. Así, cuando Antonieta, en uno de aquellos sitios del Palacio donde se aglomeraban las gentes, cogió al niño en sus brazos maternales y lo elevó hasta su cabeza como en acción de gracias á los defensores, ya en armas, unos aplaudieron en aquel símbolo el recuerdo de la vieja monarquía, otros el renuevo de la monarquía constitucional; pero todos, olvidando un instante las ideas y las pasiones políticas que les apartaban, enconándolos, aclamaron el hijo y la madre por una sobreposición de sentimientos, como los recíprocos entre seres amados, recordando á todos lo más querido y más santo, la propia familia, representada como por dos efigies vivas, en aquel grupo, caído desde las alturas del poder en los más hondos y más terribles abismos de la desesperación y de la desgracia.

Así hay quien dice que debieron los reyes aprovechar el tiempo, arengar las tropas á caballo, presentarse sin recelo en las calles, atacar antes que les atacaran, extraer las gentes fieles de los patios y de los jardines donde se veían sitiadas, abrir el abismo de un combate cruentísimo entre los milicianos de dentro del Palacio y los milicianos de fuera, con lo que hubiesen seguramente vencido. Pero desperdiciaron la madrugada; no supieron sustituir al inmolado Mandat con un general de cuenta; dejaron en inercia é inmovilidad los suyos entre los estallidos de sus sentimientos contrarios; y cuando quisieron empujar las fuerzas defensivas al combate, habían ya disputado éstas entre sí mismas, y en las disputas perdido con la unidad del motivo y del empuje, que las impelia, también la unidad del fin y del objeto hacia que iban. Hubo en aquel momento damas de las odiadas por los reyes, á causa de sus propensiones hacia la libertad, como la duquesa de Maille, que fueron en la mañana presurosas hacia el Palacio para morir con la Reina, y no pudieron pasar, detenidas por las muchedumbres y anegadas en aquel espantoso tumulto. Así la confusión crecía entre defensores y defendidos, dentro como fuera de Palacio. El único en las Tullerías sereno era Roederer, porque mientras los demás se dejaban mover por el oleaje y el choque tumultuoso entre las ideas y las pasiones, él permanecía muy asido á un asidero que no podía faltarle, muy asido á las leyes. Interpretándolas con toda fidelidad en sus actos; cumpliendo lo por ellas prescrito; sin prestarse á ninguna traición y sin experimentar ningún fanatismo; creyó hacer lo mejor al aconsejar la confianza del Rey en la Asamblea, y la confianza del Rey de la Asamblea, no cayendo en una cuenta, en la cuenta de que todo cuanto pensaba se contenía en frases sin pasar á verdaderos actos, porque mal

podían reconciliarse dos muertos, como el Monarca y el Congreso, dos muertos á un mismo golpe. Magistrado sin tiesura, ciudadano sin exaltaciones, triste sin desesperación, lógico sin frialdad, entusiasta por el bien público sin pasión y sin ceguera; con su culto á una ley rota, con su empeño de guardar unos poderes caídos; contribuyó á paralizar en términos la defensa que muchos atribuyen la desgracia del Rey en aquella noche á sus consejos y estos consejos á una verdadera traición. Sin embargo, los tiempos, aclarando los sucesos, y la Historia con sus reflexiones y juicios, enseñan que Roederer era de aquellos en quienes se había encarnado el sistema parlamentario; y como tal sistema estriba en la unión del Parlamento con la Monarquía, empujaba el Parlamento hacia la Realeza y hacia el Parlamento la Realeza. Así, desde que la Reina, en el abandono de tal noche sin etiqueta posible ni mutua distancia entre las gerarquías, consultaba sincera, usando la sinceridad que sugiere y presta el peligro, con Roederer, las contingencias de lo porvenir y sus resoluciones futuras, él ponía los jalones indispensables para que cayera el Rey en brazos del Parlamento y el Parlamento en brazos del Rey. Por una hora de aquella terrible madrugada éste se había ido á su alcoba, donde repetidas y renovadas sus plegarias religiosas y sus rezos habituales, habíase sobre la cama echado, y dormido un profundo sueño, porque, predominando en él todas las propensiones animales sobre todas las propensiones intelectuales, no podía resistir y contrastar el imperio de su naturaleza. Nerviosa la Reina, ni come ni duerme aquella noche; sus nervios le sirven de sostén, sus hieles de alimento, sus lloros de bebida, su pasión de calor vital, su idea de universo; y anda y discurre y habla con la inquietud propia de una irremediable neurostenia, producida por aquella catástrofe suprema, en que ve sobrenaturales visiones y toma fuerzas sobrenaturales también. El Rey se duerme la noche del diez de Agosto; se come un pollo la mañana en que lo destituyen, desde la tribuna, donde lo han encerrado como su primera prisión, á la vista de aquellos que lo han destituido de su trono; pide las migajas de un pan y los granos de un racimo al granadero que lo acompaña en sus pasos de preso y acusado y reo desde los calabozos del Temple hasta las sesiones del Parlamento; y creyéndose víctima destinada por Dios al sacrificio, como Isaac, como Ifigenia, como la hija de Jephté, como tantos otros infelices de las edades en que prevalecían los sacrificios humanos, no quiere pelear con los elementos desencadenados en su contra, quiere sólo resignarse con paciente conformidad al hado y morir con verdadero valor. Un rey que duerme sereno sobre un suelo, estremecido por sacudimientos tales del terremoto social, que su cama debió en sueños parecerle nave sorbida por una tromba, de terrible ciclón azotada; y que, lejos de consultar en aquella campaña defensiva cuanto debe hacer durante la noche suprema con un general, bien perito, lo consulta con un confesor bien atribulado, tenía como único refugio el confesonario y como único remedio la penitencia; sin otro ascendiente sobre los realistas que ser el símbolo casual, es decir, el símbolo he-